

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS



NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS

AÑO IV

MADRID, 19 DE SEPTIEMBRE DE 1909

NÚMERO 10

90



TODO ENCUENTRA RECOMPENSA

CONTINUACIÓN

El titiritero salió, después de dar muchas veces las gracias y haciendo grandes reverencias.

Terminada la comida, el domador de osos volvió al comedor é hizo á su bestia demostrar tanta destreza é inteligencia, que al acabar los

Ayuntamiento de Madrid

ejercicios su bolsa se llenó de pequeñas monedas. Al cabo de un rato los cazadores se retiraron á descansar. La casa no era muy grande. El príncipe ocupaba él solo la habitación más espaciosa que comunicaba directamente con el patio. Los demás tuvieron que instalarse dos ó tres en cada cuarto.

Poco después todos dormían en el pabellón. La tempestad había cesado; en el cielo no se observaba ni una nube, y la luna brillaba en el firmamento. A media noche, Carlos despertó de repente; un ruido extraño llegaba á sus oídos, ruido que parecía proceder de la parte exterior de la puerta. Se incorporó y escuchó con mayor atención. En efecto, parecía que alguien se esforzaba en saltar el pestillo de la cerradura.

—¡Hola!—dijo—será el titiritero que habiendo visto de cerca mi bolsa quiere darla un tiento. Me extraña, porque parece buen hombre; pero hay apariencias engañosas. Y quién sabe si este maestro embelesador no es el enviado de mi leal primo Luis onceno. ¡Bah!, poco me importa una cosa ú otra. Le haré probar unas cuantas pulgadas de esta amiga que guardo debajo de la almohada.

Al decir esto, se levantó sin hacer ruido y á medio vestir; con la daga en la mano se deslizó hacia la puerta, y allí, con rápido movimiento, levantó la barra y abrió con la mano izquierda, mientras que con la derecha empuñaba el arma pronta á herir.

A pesar de las precauciones tomadas, sin duda le descubrieron sus pasos, porque se encontró que el que buscaba había desaparecido.

Impulsado por su temeridad traspasó el umbral y el terreno faltó bajo sus pies. Preocupado con sus pesquisas no se había preocupado de los escalones, vaciló, estuvo á punto de caer; pero por un vigoroso esfuerzo se repuso y recobró el equilibrio.

En este momento el bandido, porque en efecto era uno que se había solamente retirado á un lado, se abalanzó al duque, y aprovechando su momentánea superioridad, levantó el brazo para clavarle el puñal.

Carlos se sintió perdido.

Y sin embargo, el golpe supremo con que se veía amenazado se retardaba. ¿Era que dudaba aquel hombre?

Este minuto bastó al príncipe para rehacerse, y á su vez levantó el brazo para castigar al asesino; pero á la luz de la luna contempló un sorprendente espectáculo que le dejó inmóvil.

El bandido permanecía delante de él, mientras que dos brazos velludos y poderosos le apretaban el pecho, sujetándole como fuertes tenazas. Por encima de su cabeza, desfigurada por el espanto, emergía una boca, de la que salían amenazadores gruñidos, y rendido al fin cayó al suelo.

Al mismo tiempo un hombre, que no era otro que el titiritero, salió del cobertizo precipitadamente gritando:

—Muy bien, *Tresor*. Sujétale, valiente, pero sin matarle. ¿Entiendes?

Entonces el *Temerario* comprendió lo sucedido: el oso le acababa de salvar la vida.

En efecto, *Tresor*, enervado por la tempestad, dormía con ligero sueño, cuando, como el príncipe, percibió también un ruido especial como el de una bestia ó un ser humano que se arrastrase en la obscuridad.

Abandonó el oso su cama y salió del cobertizo; sus pequeños é inteligentes ojos escudriñaron las sombras del patio.

Continuará.





ALFONSITO EL SABIO

(CONTINUACIÓN)

PERICO. No te burlas...

ALFONSO. ¡Qué me he de burlar!
¡Qué sería de mí sin tu habilidad en esta noche!

PERICO. ¡Y que va estando fresquita! Arrímate al fuego, que *cae* mucho relente y te vas á helar. Ahora, mientras las patatas se asan, voy por agua.

ALFONSO. ¡Sí, por Dios, que estoy muerto de sed! ¿Está muy lejos la fuente?

PERICO. No hay fuente; pero hay un arroyito muy majo.

ALFONSO. ¿Lejos?

PERICO. ¡Qué lejos! ¿Dónde diantre tienes las narices?

ALFONSO. No te entiendo.

PERICO. ¿No hueles á nada? Ven, acércate á este lado. (*Le lleva hacia la izquierda.*)

ALFONSO. Huele así... como á menta.

PERICO. ¡A hierbabuena! A esas hierbecillas que nacen en los arroyos. Si está ahí mismo. Si hiciera luna verías desde aquí brillar el agua.

ALFONSO. ¿Y en qué vamos á beber?

PERICO. ¿No sabes beber con la mano?

ALFONSO. No he probado nunca, y además, las tengo tan sucias...

PERICO. Cállate, *delicao*, que todo se andará. ¿Tienes pápel?

ALFONSO. Aquí en mi libro debo de tener cuartillas para mis

apuntes. (*Saca algunas cuartillas blancas.*)

PERICO. Pues hazte un vaso.

ALFONSO. ¿Cómo?

PERICO. ¿No sabes hacer pájaras y monteras de pápel?

ALFONSO. Eso sí.

PERICO. Pues una monterita chica, ó la caja ó el barco. Cualquiera cosa que tenga hueco para coger el agua.

ALFONSO. Tienes razón. (*Se pone á hacer el vaso de pápel.*)

PERICO. ¿Lo ves, hombre? Si siempre le parece á uno que sabe menos de lo que sabe.

ALFONSO. Tienes razón. Perico, va haciendo frío.

PERICO. ¡Y lo que te rondaré, morena. Esto es gloria para lo que va á refrescar dentro de poco. Pero tú no te apures. Haremos una hoguera más grande y nos defendemos hasta que te sientas con fuerzas para emprender la caminata, y entonces... como dijo el otro, andando se quita el frío. ¿Te parece?

ALFONSO. Todo lo que tú dispongas me parecerá perfectamente.

PERICO. ¡Ja, ja, ja! ¡Mira tú que resultar ahora que el bruto es el sabio! ¡Qué cosas tiene el mundo, Alfonsito!

FIN DEL CUADRO SEGUNDO

CUADRO TERCERO

La entrada de la finca de Latorre. A la derecha del espectador la casa, y delante de su puerta, unos bancos rústicos. Al fondo, el campo.

ESCENA I

EMILIA, PURA, MARUJA; después JACOBÓ y RAFAEL

PURA. ¡No te aflijas, mamá; Dios querrá que vuelva pronto sano y salvo!

EMILIA. ¡Qué noche, Dios santo! ¿Cómo no habrán conseguido encontrarle en toda la noche?

MARUJA. Si le habrán encontrado. ¡Ya lo creo! Pero se habrán esperado á que amaneciera para volver.

EMILIA. Eso me lo dices por consolarme. ¡Pobre hijo mío! ¡Quizá le habrán acometido las fieras!

PURA. ¡Por Dios, mamá!

MARUJA. ¡Si en los pinares no hay fieras, señorita!

EMILIA. ¿No habrá lobos?

MARUJA. No, señora. Como no sea en invierno, no se ve nunca un lobo por estas tierras.

EMILIA. No lo puedo remediar; esta tardanza me inspira las ideas más tristes. (*Jacobo y Rafael vienen de la parte del campo.*) ¿Nada? ¿No habéis visto á nadie?

JACOBO. ¡Como no nos han dejado ir con ellos...!

EMILIA. ¿Pero no se les ve venir por ninguna parte?

RAFAEL. No nos hemos atrevido á andar mucho por si vuelven por otro camino y perdemos el tiempo.

MARUJA. No, no, no. En cuanto se entra en los pinares es muy fácil perderse; pero de aquí á la entrada no hay más que un camino y por él tienen que volver.

JACOBO. Entonces vamos á ver si los encontramos.

EMILIA. Yo voy también con vosotros.

MARUJA. No vaya sin nada á la ca-

beza, porque el sol va á apretar de firme y usted no está acostumbrada.

PURA. Estás en todo. No pareces una niña.

EMILIA. Gracias, hija mía; tienes razón. Ven, Purita, vamos á ponernos los sombreros. (*Entra con Pura en la casa.*)

ESCENA II

MARUJA, JACOBÓ, RAFAEL y á poco PERICO

JACOBO. El petulante de Alfonsito ha dado un buen disgusto á su madre por echárselas de sabio excéntrico.

RAFAEL. ¡Pobre tía! Vaya unas horas que está pasando.

MARUJA. A mí lo que me extraña es que no le haya encontrado Perico; él que conoce tan bien el bosque.

JACOBO. Lo conoce bien, ¿eh?

MARUJA. Como su casa. Y con las piernas que tiene que parece un gamo.

JACOBO. ¡Pobre Perico! Buena burla hacía de él Alfonso.

RAFAEL. Puede que por eso, Perico se haya vengado dejando de buscarle.

MARUJA. No, eso no. No le conocen ustedes. ¿Vengarse él? Es más bueno que el pan. (*Se oye un silbido prolongado.*) ¡Ese es Perico!

RAFAEL. ¿Estás segura?

MARUJA. ¡Ya lo creo!

JACOBO. ¡Quién sabe!

(*Perico llega corriendo, sin aliento. Los tres se acercan á él.*)

RAFAEL. ¿Qué? ¿No le has encontrado?

JACOBO. ¿No le has visto?

MARUJA. ¿Qué ha pasado? ¿No parece?

PERICO. No; es decir... no lo sé... pero...

JACOBO. ¡Explicáte, hombre!

RAFAEL. ¡Déjale que tome aliento! (*Perico hace señas á Maruja.*)

Continuará.



RELATOS DE CAZA

UNA APUESTA

Legábais á aquel pueblo y preguntábais:

—¿Quién es aquí el mejor cazador...?

—El tío Alivia y el tío Mendrugo—os contestaban.

—Pero—insistíamos nosotros,—¿cuál de ellos es el más notable?

—Son los dos iguales—os repetían.—Ambos tienen buen ojo y buen pulso y ninguno cede al otro en serenidad, valentía ni fortaleza...

Figuráos, pues, la expectación que en el pueblo despertaría una apuesta que se cruzó entre los dos cazadores. Tratábase sencillamente de salir una misma tarde á un mismo monte que abundaba en toda clase de caza menor y regresar á las ocho de la noche á la plaza del pueblo donde cada cual expondría sus morrales para que fuera declarado vencedor el que presentara más víctimas. Al empezar la tarde señalada para la experiencia, se encaminaron los dos al monte, cuando llegaron á él, cada uno se metió por donde quiso. El tío Mendrugo, apenas se internó un poco en la espesura, empezó á mirar por todas partes, á golpear los jarales y retamas y á obligar á su can á que rodeara los troncos de los árboles y arbustos para que todo bicho viviente, desde la tímida liebre al furioso gato montés, saltara de su escondrijo y se pusiera al alcance de su certera escopeta. Dos veces ocurrió esto. La primera estrellóse el tiro contra una encina,

y la segunda logró hacer blanco en un pardo conejo que el perro trajo en sus fauces cuando todavía alentaba; pero después de esto, inútil fué correr de un lado para otro y azuzar al can y hundir el nudoso palo en las entrañas de la espesura. Como si hubieran tenido noticia de que iban á ser perseguidos por tan célebres tiradores, todos los animalitos parecían esconderse en el fondo de la tierra ó haber emigrado á más seguras regiones. El tío Mendrugo, palpándose el casi vacío morral, se detuvo jadeante al pie de una higuera silvestre y se puso á considerar lo inminente de su derrota, porque, por muy mal que se le hubiera dado la caza al tío Alivia, ¿cómo no iba á haber matado más que un conejo...? Ya anochecía, ya se acercaba la



hora de concurrir ante el tribunal del pueblo y, ¿perdería su excelente fama...? Antes el crimen, como dicen en los melodramas.

Y el tío Mendrugo, habiendo encontrado una idea maquiavélica, golpeóse la frente con el puño, sonrióse irónicamente y se encaminó á la choza del viejo guarda del monte.

—Oye—le dijo cuando estuvo en su presencia.—Me vas á vender ó á prestar cuaita caza tengas...

—Lo siento, hombre—le contestó el custodio;—pero hace un rato se la he vendido toda al tío Alivia...

El buen Mendrugo dejóse caer en un taburete, y su perro, como si adivinara su tristeza, se puso á lamerle las manos hechas antifaz del rostro...

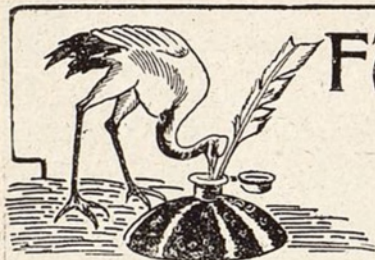
José A. LUENGO



NAPOLÉON EN PAVIA

Durante la campaña de Italia, Napoleón se vió sorprendido con la sublevación de Pavia cuando más empeñado estaba en cumplir el plan que se había propuesto. Para sofocar la rebelión, se dispuso á devastar la ciudad

por el hierro y por el fuego. Llenos de espanto las autoridades y el clero, con el arzobispo á la cabeza, presentáronse ante Napoleón, que les recibió con su gesto de costumbre.



FABULAS ESCOGIDAS

FAVORES OBLIGADOS

—Sin mí—exclamó el sol—sería siempre infecunda la tierra, y los tesoros que encierra al hombre no ofrecería.

Si no llegara á lucir mi hermosa luz esplendente el hombre, seguramente, dejaría de existir.

Con mi influjo bienhechor, desde el valle hasta la cima, todo se alegra y se anima, porque soy luz y calor.

—Esa es ciega vanidad —dijo el aire,—ten en cuenta que porque yo existo alienta y vive la humanidad.

—¿Y sin mí—el agua, enadada, exclamó,—servís para algo? Yo soy la que sirvo y valgo; el hombre sin mí no es nada.

Si importancia me negáis, la injusticia no me explico. Yo refresco y purifico cuanto uno y otro tocáis.

—Vuestro amor propio me exalta —el hombre altivo exclamó,— pues si no existiera yo, ¿háriais vosotros falta?

LA MALA INTENCION

Una cotorra atrevida censuró un día á las aves de conducta pervertida y, aunque denunció hechos graves, no reveló nombre alguno de las que juzgó peores, porque no creyó oportuno sembrar odios y rencores.

Fué la cotorra parlera con gran regocijo oída, sin que ni un ave siquiera se diese por aludida.

Pero, juzgándose honradas todas ellas, unas á otras se decían enojadas:

—¡Eso ha sido por vosotras!

Y como al fin no pudieron saber á quién aludió la cotorra, á ella acudieron y de esta manera habló:

—Comprendí, por mi fortuna, observando á cada cual, que aquí no obráis bien ninguna y que todas pensáis mal.

Por esta misma razón, á mis frases como veis, no las doy mala intención... ¡vosotras se la daréis...!

JOSE RODAO.



LAS BONDADES DE NINI

XLIV

Pues qué se habían figurado! ¡Hombre, ya me iba á mí cargando tanta pamplina de Piluca por aquí y Piluca por allí! Pues me he empeñado en demostrar que yo también hago bonitas cosas, sí, señor, y si me apuran mucho guisaré y todo como ella. Precisamente hoy es día de visita. Vendrán todos, Piluca también, y me traerá los dulces y cosas que dijo la madre Rosario que me iba á traer; la preguntaré cómo lo hace, y ya verán ustedes si yo guiso ó no. Ya estoy hasta la coronilla de que siempre me pongan delante de las narices á Piluca. ¡Anda, ya suena la hora...! Me parece que dicen ¡señorita Niní...! Eso es que han venido á verme.

.....
¡Qué atrocidad! ¡Eche usted cosas! Piluca me ha traído fruta, y nueces, y dulces, y bombones, y cosas hechas por ella. Mi abuelito, el que se llevó el gorro, me ha traído un juego de bolos; el otro abuelito no me ha regalado nada, porque dice que mientras no le haga algo para quitarle el frío de la calva, que no somos amigos. Al ver tanto regalo, y que Piluca me decía:

—¡Pobrecita Niní mía! ¡Un mes entero sin postre!

Yo contesté:

—Oye, me dan ganas de poner otra vez espinas en las camas para que me castiguen, ¡me traes tantas cosas! Además he prometido hacer muchas cosas como tú, Piluca, y estoy bordando un tapete para mesa, precioso. Conque ahora dime cómo haces tú todas esas cosas que me traes, porque me están dando ganas de guisar también, para que no me vengan con tantas canturrias de que Piluca esto y Piluca lo otro.

—Pues mira—dijo Piluca,—estas rosquillas de Almagro se hacen cogiendo para cada huevo un cascarón de aceite, y para cada dos huevos el zumo de un limón. Puesto todo en una ensaladera, se trabaja primero con la cuchara y luego con la mano bien enharinada para que no se pegue la masa. Ha de estar la masa bastante blanda. Sobre el tablero se hace, resbalando la mano, como un macarrón, y de allí se van cortando pedazos y haciendo rosquillas del diámetro de una pieza de dos pesetas. Se fríen en aceite bien caliente, pero en el ángulo de la hornilla para que se pasen bien, y en estando doraditas, se sacan, y aún calientes se espolvorean con azúcar tamizado.

—Y estos buñuelos, ¿cómo los haces?

—Pues se pelan las manzanas, se parten en ruedas, y con un cortapasta se les quita en el centro un redondel, quitándoles de este modo el corazón y quedando de la figura de rosquillas. Se ponen á suavizar con una cáscara de naranja, una copa de coñac ó ron y cien gramos de azúcar. Han de estar en el líquido tres horas, dándole vuelta de cuando en cuando. Se prepara una pasta del modo siguiente: 250 gramos de harina se colocan en una ensaladera, y abriendo en el centro un pozo, se echa un polvo de sal y tres huevos, mezclándolo todo bien y agregando una cucharada de buen aceite de oliva y otra de ron; se trabaja bien y se deja reposar dos horas antes de usarla. Si estuviese demasiado espeso este rebozo, se aclara echando un poco de agua. Se envuelven las manzanas en esta pasta y se fríen en manteca de cerdo muy caliente. Colócanse sobre una servilleta en pirámide, espolvoreándolas bien con azúcar tamizada ó azúcar glasa.

—¿Y este tarro de dulce?

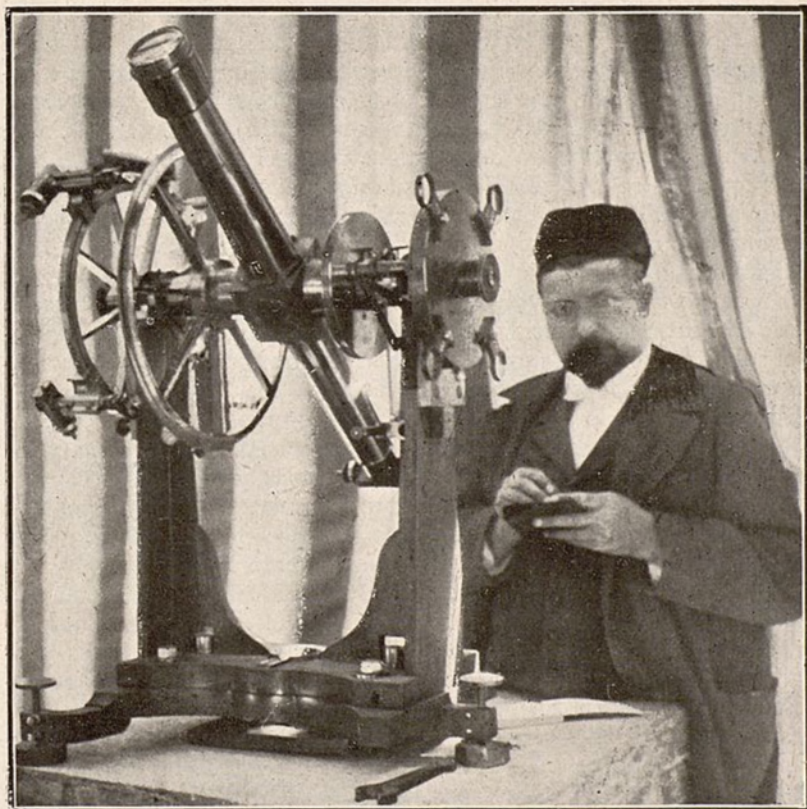
—Este dulce se llama *almibar de café*. Se toman 400 gramos de buen café, se tuestan bien y luego se muelen, poniéndolos en dos litros de agua en infusión, donde se tienen algunas horas. Luego se ponen en un alambique y se destilan. El líquido que resulte se pone con dos kilogramos de azúcar á cocer hasta darle el punto conveniente. Cuando llegue á este punto se saca del fuego, se pone en los tarros, se tapan bien y se guardan.

—¡No se comen!—dije

MARÍA ATOCHA OSSORIO Y GALLARDC.



Ayuntamiento de Madrid



EL SOL

I

Es natural y lógico que la atención humana se fijara desde el primer momento en el sol, que es el que nos alumbra y nos da calor, y que se estudiasen sus movimientos aparentes, así como también la relación que con ellos guardan las estaciones del año.

Antes se ha dicho, en términos generales, la marcha que han seguido los estudios astronómicos en la antigüedad, hasta llegar á los conocimientos que hoy se tienen. Mediante ellos se ha podido determinar, de modo que no deja lugar á dudas, que el diámetro del sol es de 1.426.839.138 metros, que su superficie es de 63.956.835 millones de miriámetros cuadrados, y su volumen de 1.529.996.487 millones de miriámetros cúbicos.

Es el sol un cuerpo esférico, luminoso y brillante que no presenta una superficie lisa é igual, sino en el que, por el contrario, se observan

manchas, cuyo origen y naturaleza han sido objeto de la constante investigación de los sabios. Por cierto que al observar las manchas antedichas, y como se viera que variaban de forma y que aparecían y desaparecían con velocidad distinta, se dedujo fundadamente que el sol tenía un movimiento de rotación, y que el tal cambio de forma en las manchas solares se deben á que no pueden conservar la misma cuando se ven de frente que cuando van apareciendo ó desapareciendo del campo de observación.

Examinando también que las manchas que se observan un día tardan cierto tiempo en volver á presentarse con la misma forma en que se estudiaron al principio, se vino á deducir cuánto tiempo empleaba el sol en terminar su movimiento de rotación completo, y se consiguió que tarda algo más de veinticinco días.

No quiere decir lo anteriormente expuesto que las manchas que en el sol se observan sean siempre iguales; varían mucho en forma y tamaño, se funden y enlazan las unas con las otras, y así como desaparecen por completo, de nuevo se presentan otra vez.

Acerca de la constitución del sol se han hecho muchas conjeturas y establecido muchas hipótesis y teorías, siendo la más aceptada la de M. Faye, el cual supone que el sol está formado por una masa gaseosa cuya temperatura es elevadísima y que está animado por un movimiento de rotación. El frío de los espacios interplanetarios produce en la capa exterior que con ellos está más en contacto combinaciones químicas en forma de nubes compuestas de partículas sólidas, pero que están incandescentes; estas nubes constituyen la fotosfera; pero como están á la acción de la gravedad, las tales partículas sólidas caen sobre las capas inferiores del sol y allí, por efecto de la acción del calor, vuelven otra vez á convertirse en gases, los cuales tornan de nuevo á ascender. Es decir, que se produce un constante movimiento de ascenso y descenso, ó sean verdaderas corrientes, puesto que al hundirse—digámoslo así—los componentes de la fotosfera, se produce un hueco que vienen á llenar en seguida las nubes que están alrededor, y de aquí que se formen verdaderos movimientos cíclicos que, según M. Faye, constituyen las manchas que vemos, pues siendo lo que hay debajo de la fotosfera menos luminoso que ésta, al producirse esos desgarramientos en ella, se ve lo interior más obscuro y lo exterior más brillante.

Por medio del análisis espectral se ha averiguado la presencia en el sol de los metales que en la tierra se conocen y la ascensión del oxígeno y del ázoe.

Se ha descubierto también que el sol está rodeado de una atmósfera compuesta de hidrógeno, casi puro, y separado de la fotosfera por una capa delgada de vapores metálicos.

JUAN ANTON.

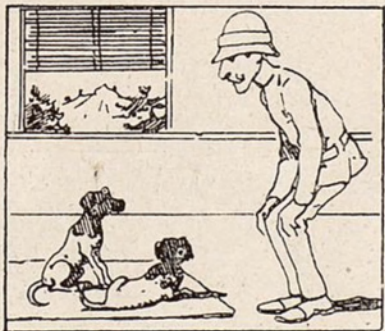
UN REGALO APRECIADO



Sir James, acompañado de sus inseparables perros, emprende un viaje de placer á la China.



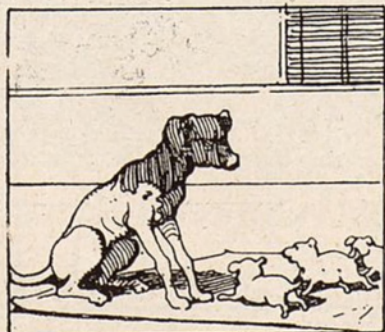
Llega tras un feliz viaje, y un criado del hotel Chan-Chan le conduce á su vivienda.



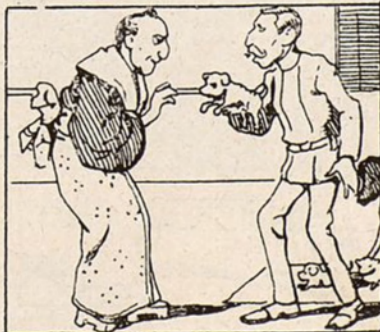
Lo primero que hace es colocar en buenas condiciones á sus queridísimos perros.



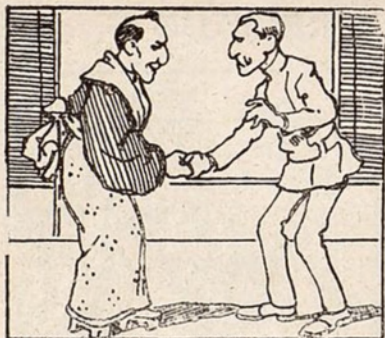
Va á visitar al doctor Chin-Chin, al que había sido recomendado, y quedan grandes amigos.



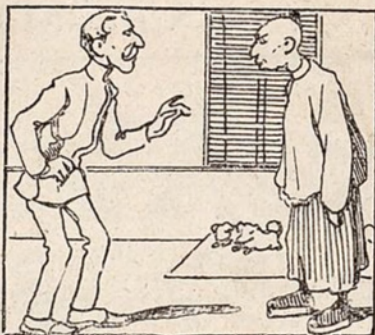
Al cabo de algún tiempo, la familia de los perros se aumenta con unos lindos cachorritos.



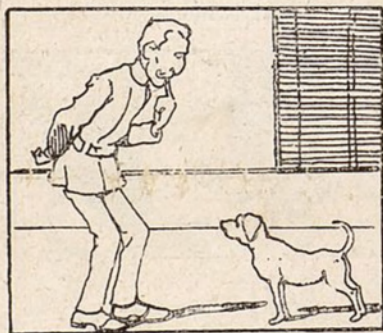
Viene el doctor a pagarle la visita, y queda prendado de los perritos pequeños.



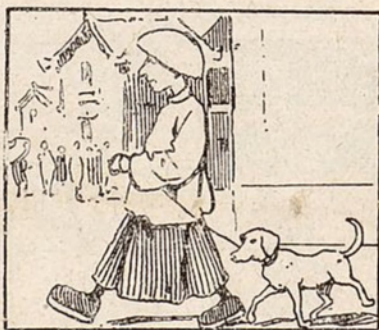
En vista de estos elogios, sir James ofrece criar uno con gran esmero para regalárselo.



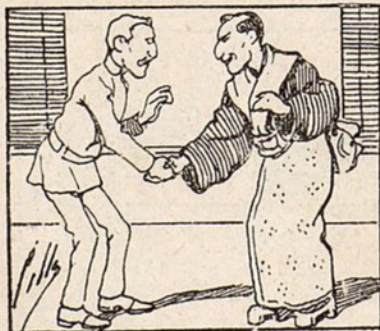
Encarga á su criado ponga gran interés en sacar un lindo ejemplar para el doctor.



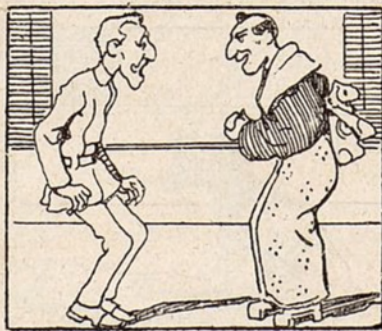
Pasados unos meses, ve que ya está el perro hermosísimo y en condiciones de hacer el obsequio.



Va el criado Chu-la-pin con el lindo perro á casa del doctor que tanto le deseaba.



Viene á dar las gracias, y al preguntarle sir James, ¿qué le ha parecido?, dice: "¡Riquísimo!"



—¿Como riquísimo?—pregunta el inglés asombrado.

—¡Sí, nos lo comimos anoche!